

NOTAS

La Metrópoli en la vida moderna, Traducción de Jacqueline Campos, 4 tomos, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1958.

A partir del siglo XVII, y especialmente desde mediados del XVIII, la población del mundo inicia una brusca trayectoria ascendente cuyo vigoroso impulso conserva, aún en nuestros días, su potencia primitiva.

Dos factores coadyuvan al sostenimiento de este paso firme y seguro del aumento progresivo de la población: el despliegue y profundidad que las ciencias positivas han alcanzado, y su prodigiosa aplicación al campo de la tecnología. Ambas, a través de distintos cauces, permiten mejorar las condiciones materiales de vida y posibilitan, por lo tanto, un mayor margen de vida media. Queda esto corroborado por las estadísticas: a pesar de un decreciente índice de nacimientos en la mayoría de los países, la población mundial aumenta. Una disminución de las tasas de mortalidad, en especial de la defunción infantil, y un alargamiento del término medio de vida son las causas de este fenómeno demográfico. Este crecimiento, longevidad y envejecimiento, encuentran su causa próxima en un notable y eficaz servicio sanitario, en una alimentación más abundante y sana, en la aparición de nuevos horizontes de trabajo, en una intensa y racional explotación agrícola-pecuaria, en una más equitativa distribución de la renta nacional, en formidables medios de transportes, en nuevas tierras abiertas a la inquietud laboral del hombre, etc.

La ciencia positiva es la fuente de donde manan las bases teóricas necesarias para estructurar tan complejas relaciones. Son los pueblos industriales de Occidente quienes han alcanzado el más alto nivel de vida material y es en ellos en donde las ciencias han quedado distinguidas con el más severo perfil.

Un fenómeno paralelo al crecimiento de la población mundial es el de la paulatina e ininterrumpida concentración de individuos en determinadas áreas geográficas y que ha llevado, por una parte, a la formación de gigantescas ciudades y, por otra, a nuclear los hombres en un creciente número de nuevos centros urbanos. Robustece lo afirmado Europa, que tenía al principio del siglo XIX únicamente 22 ciudades con más de cien mil habitantes cada una, y que un siglo más tarde llegaba a 160 ciudades que trasponían ese número. En la misma fecha el 40 por ciento de la población vivía en las zonas urbanizadas. Actualmente más de 44 centros del mundo tienen una población superior al millón de habitantes y de éstas 17 sobrepasan los dos millones. Al través de estos escuetos datos vemos la tendencia megapólica de los países y la

creciente urbanización de la vida humana. Pues bien, el crecimiento y formación de nuevos centros urbanos en la edad moderna coincide con la aparición y desarrollo de lo que se ha dado en llamar industrialización, es decir, con la estructuración y organización racional de la fábrica. En efecto, la industria moderna no es más que la resultante del paralelogramo de fuerza que integran la ciencia y la técnica, el saber y la experiencia del trabajo; de modo que el proceso demográfico moderno aparece en Occidente, y vale también en la actualidad para los pueblos orientales, como una función del desarrollo de esta nueva fuente de producción.

La primitiva industria movida por la potencia de las aguas fluviales es reemplazada, a partir de Watt, por el establecimiento industrial accionado por el vapor de agua. Desde este momento agua y carbón fundan una nueva técnica productiva y alteran de modo radical las viejas estructuras sociales y la *distribución* de los habitantes sobre una determinada área geográfica. El industrialismo sólo era factible con la conversión del agua y la hulla en fuerza motriz; sólo entonces el hombre dispuso de medios energéticos que permitieron movilizar grandes máquinas e instalar los establecimientos elaboradores donde él lo creía más conveniente. Este paso demandó una mano de obra abundante tanto en las zonas fabriles como en las productoras de materias primas, y permitió, por lo tanto, y exigió, la concentración de elevado número de individuos en ámbitos pequeños. La fábrica, pues, se convierte en creadora de centros urbanos o bien en un medio para que las ciudades hegemónicas puedan mantener su poder.

Pero la industria y el desarrollo de las grandes metrópolis habrían quedado en pañales sin la feliz aplicación técnica de la energía eléctrica y la invención del motor a explosión. Hasta ahora no ha sido señalado con acuidad la importancia de ambos en la formación de la moderna ciudad y su incidencia en la vida del hombre.

La traducción directa del vapor de agua en fuerza motriz industrial no permite su conducción a largas distancias. La fábrica ha de estar donde hay agua y hulla. Es una energía de movimientos geométricos rígidos, restringidos y tanto es así que la fábrica debe necesariamente erigirse sobre la caldera. En cambio la transformación del vapor de agua en electricidad permite una distribución ágil, flexible y eficiente a zonas distantes. A partir de la invención de la dinamo y del motor eléctrico, Occidente entra de lleno y con paso seguro en otra etapa del industrialismo.

La ciudad de gran densidad y extensión es factible, desde otro punto de vista, a partir de la locomotora y, en especial, a partir del uso del motor a explosión en los vehículos livianos, ya que ambos desplazan cotidianamente grandes masas humanas e ingentes abastecimientos. El automotor carretero, debido a su agilidad y potencia, ha sido un factor importante en el proceso de la urbanización de los claros que dejaban las líneas ferroviarias.

La época de la técnica industrial y la formación de la megápolis han trastrocado fundamentalmente las relaciones humanas en sus dis-

tintas facetas. Las sociedades presentes ofrecen nuevos modelos de vida que se realizan al través de estratificaciones sociales basadas en la variable económica. Es ilustrativo el impacto fabril que conmueve la tradición teológica de las castas indostánicas y los arcaicos estamentos de Oriente. Nuevos modelos de vida se agregan a los antiguos: el obrero especializado, el técnico industrial o administrativo, la especialidad profesional, etc. Instituciones insospechadas en otras edades hacen irrupción: gigantescas sociedades anónimas, institutos de investigación y experimentación fundados sobre la base colectiva del equipo, etc.

El proceso de concentración económica de la ciudad metropolitana —al convertirse en fuerte consumidora, potente productora, centro de transportes y monopolizadora de instituciones crediticias— es una de las aristas más afiladas, pero en esa han encontrado plasma nutricio las universidades, los centros científicos, la comunicación intelectual, la especialidad profesional. Ella se ha erigido en centro difusor de los más variados aspectos culturales por medio de impresoras, radiotelefonía, museos, bibliotecas. A la megápolis confluyen y difluyen las diversas vías de comunicación y transporte en número cada vez más creciente. Es aquí en donde el hombre encuentra los medios más eficaces para preservar la salud: hospitales, especialidades médicas, saneamiento, alimentación amplia. Es la ciudad gigante la creadora, difusora e implantadora de instituciones políticas: partidos, asociaciones de cooperación escolar, policiales, urbanísticas, de ayuda, o amigos de . . . , etc.

Sin embargo, a pesar de algunos de los grandes aspectos positivos que hemos bosquejado, la metrópoli no deja de tener sus tonos fríos y oscuros que llevan, a veces, a adjetivarla con los términos más duros y a encuadrarla dentro de valoraciones negativas.

Ya hemos dicho que la ciencia y la tecnología son las bases sobre las que pueden erigirse tan complejos y enormes grupos sociales, pero son estos mismos productos técnicos —desde la implantación de un horario hasta la estridencia del tránsito— los que cercan acerbamente al hombre y llevan, a veces, a cronometrizar totalmente su vida.

A la ciudad metropolitana llegan, en incesantes oleadas, hombres que deben someterse a nuevas y más variadas presiones de usos, a incitaciones entrevistas, a veces, pero no vividas. La quiebra psicológica o moral es el fin de los más débiles. En ella el hombre multitudinario vive en soledad, cae en el anonimato; la vida familiar cede ante la de la calle.

Las exigencias impuestas por esa técnica concretizada en las estructuras materiales de la ciudad por la coerción múltiple de los distintos usos sociales, por la densidad biológica de individuos sobre una misma área, arrojan ante el hombre moderno incesantes interrogaciones. ¿Si la ciudad es obra humana hasta dónde el hombre ha de adaptarse a la misma? ¿hasta dónde es posible adecuar la ciudad a las nuevas exigencias del hombre?; ¿es necesaria la modificación de la misma para preservarlo y preservarlo de qué?; ¿es el hombre neurótico un producto metropolitano?; ¿la formación de las grandes ciudades responde a la mejor distribución de los habitantes desde un punto de vista demográ-

fico o político o económico o militar o geográfico?; el tema sigue prolífico en preguntas.

Ya han aparecido atalayas que han dado el grito de alerta. Numerosos trabajos ofrecen presentaciones y soluciones diversas a los múltiples tópicos. Las nuevas armas atómicas y proyectiles teledirigidos ponen con una corrosión de ácido el problema de la dispersión industrial y por lo tanto el de la desconcentración metropolitana. Es evidente que tal medida centrifugadora depende de si es probable la convivencia pacífica de los pueblos.

La Universidad de Columbia ha querido celebrar el bicentenario de su fundación con una serie de conferencias dedicadas a estudiar la influencia de la ciudad en la vida actual, las que estuvieron a cargo de prestigiosos investigadores de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Éstas, más los comentarios sobre las mismas, han sido editadas en cuatro volúmenes —en la edición española— y bajo el título general de *La Metrópoli en la vida moderna*.

La diversidad de temas y la condensación a que ha sido sometido el material por el editor hace tedioso y pesado un examen analítico de la obra. Por este motivo expondremos únicamente las respuestas en que coinciden los conferenciantes.

En los cuatro tomos se expone y discute la importancia de la ciudad en el desarrollo civilizatorio; la influencia urbana sobre los fenómenos demográficos, biológicos, intelectuales y morales; un criterio objetivo que distinga a la ciudad de otros tipos de sociedad y comunidad; la influencia de las metrópolis en la creación e implantación de instituciones políticas, y en las decisiones electorales; influjo de la ciencia y la tecnología sobre la metrópoli; impacto de ésta sobre las profesiones; relación entre la vida urbana y la vida espiritual; grado de eficacia de la concentración económica en las ciudades y los lugares que se lleva a cabo dentro de las mismas. Como remate de la obra un problema que, más que secuencia lógica, deriva de un estado vivencial producido por la misma lectura: ¿existe la ciudad ideal? y si existe ¿cuál es?

De las afirmaciones de la obra podemos señalar lo siguiente: imprecisión en definir el objeto de estudio, la metrópoli. El profesor Reiss hace un análisis de la distinción entre lo rural y lo urbano a base de cuatro variables, con el fin de encontrar la nota definitoria, pero que al final diluye toda línea de perfil, y quedan así las variables como "más frecuentemente localizadas en las poblaciones grandes y densas" (Tomo I, pág. 88). Anderson en el mismo tomo nos dice que "es una comunidad que no es cabalmente una comunidad" (pág. 112). Podríamos citar varias definiciones más que nos mostrarían el desacuerdo en limitar este objeto.

Pasemos al contenido de la obra. Las siguientes afirmaciones, si bien encuentran su desarrollo en los lugares citados, las podemos encontrar implícitas a lo largo de todos los volúmenes. En el tomo primero, que examina los aspectos sociales y políticos, se analiza cómo las ciudades prestan condiciones óptimas para el progreso de la civilización

y cómo ofrecen y ofrecerán cada día mejores perspectivas para un desarrollo demográfico, intelectual y, en un rasgo de optimismo, moral. Desde un punto de vista político las megápolis, que absorben los principales organismos estatales, son al mismo tiempo fuente creadora de instituciones cuya difusión hacia el campo cada día se vuelve más frecuente. Hemos de notar que los temas políticos toman a los Estados Unidos como modelo, de aquí que abundante número de conclusiones y de ejemplos sean válidos únicamente para este país.

El tomo segundo se ocupa de los aspectos económicos, en especial de "las ventajas y desventajas económicas de la concentración urbana". La respuesta nos habla de ventajas dentro de ciertos grados y para ciertos tipos y clases de concentraciones metropolitanas.

El tomo tercero analiza la influencia de la tecnología en las formaciones de las grandes ciudades y bosqueja las actuales posibilidades que ofrecen los nuevos horizontes científicos bajo el título de *Aspectos científicos y profesionales*. Las conferencias de Carr Saunders y D. Young provocan inquietud ya que tratan de la influencia de la ciudad sobre el profesionalismo. La conclusión es bastante angustiosa. El especialista es un producto típicamente urbano que coloca al profesional en condición de asalariado. Temas como la cooperación profesional, profesoral, universitaria y problemas deontológicos son presentados y respondidos por los citados investigadores y por los comentaristas.

El tomo cuarto se ocupa del "impacto de la metrópoli sobre la vida espiritual del hombre". El problema de la fe religiosa llena sus páginas. Angustia y esperanza se mezclan en sus hojas. Angustia ante la presencia de enormes grupos urbanos casi arreligiosos; esperanza ante las perspectivas de una renovación de la vida religiosa que ha de surgir de la metrópoli. La esperanza del fortalecimiento y expansión de la fe la encuentra Folliet en los grupos de intelectuales y científicos, y vale esta afirmación para Francia. Casserley ve, por el contrario, en la nueva clase media norteamericana el más formidable medio para integrar a las clases obreras dentro de la religión.

Concluye el tomo con una conferencia sobre la búsqueda por el hombre de la ciudad ideal, la cual podemos afirmar, después de la lectura de la obra y haciendo uso de una perogrullada, no es más que una ciudad ideal.

Después de la lectura notamos la ausencia de temas tan importantes como las actividades escolares y las diversas manifestaciones artísticas. Es de lamentar, además, que el impacto de la ciudad sobre el profesionalismo está casi reducido, en su análisis, a ciertas carreras universitarias: medicina y derecho y se haya dejado fuera de camino el tratamiento de otras e importantes disciplinas del saber y la técnica.

Para concluir hacemos notar que la obra es sumamente ilustrativa y útil y, lo que creemos más importante, sugeridora de ideas y problemas.

RENÉ MARDER